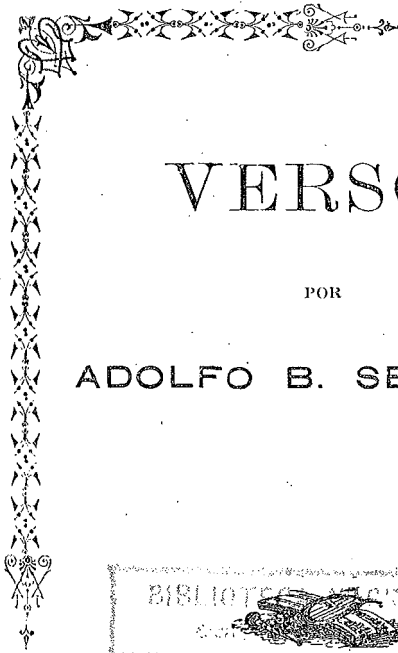


860-1(866) Serrano

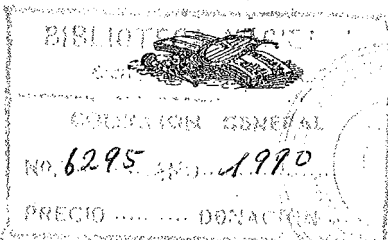
5487e



VERSOS

POR

ADOLFO B. SERRANO



0001587 - J.
QUITO-ECUADOR

Imprenta de "El Pichincha"

1898

VERSOS

VERSOS

POR

ADOLFO B. SERRANO



QUITO-ECUADOR

—
Imprenta de "El Pichincha"

—
1898

*Porque con los colores que encontraste
de amistad cariñosa en la paleta,
al escribir mi ESBOZO me llamaste
"sensible y melancólico poeta";*

*estos mis versos de dolor te envío:
aceptalos: que en esta ofrenda exigua
van los recuerdos del pasado mío,
las tristes notas de mi historia antigua.*

1888



VERSOS

PRELUDIO

En ruinas el altar de mis amores;
 mis dichas en escombros;
mis esperanzas — flores de una aurora —
 marchitas y en el polvo;
cadáveres dispersos mis ensueños;
 mis cantos melancólicos,
y cual templo sin Dios el alma mía;
 ¡qué sólo estoy, qué sólo!

Si canto, se estremecen mis cantares
 cual eco de un sollozo,
y el silencio recoge con misterio
 mis lágrimas si lloro;
víctima eterna de un dolor sin nombre
 que en mi alma tiene un trono,
en medio del bullicio de la vida
 ¡qué sólo estoy, qué sólo!

I

Qué de ayes, qué de lágrimas me cuesta
remover los escombros del pasado,
y al grito del dolor más concentrado
oír por toda y única respuesta

el muriente rumor de la esperanza
que me trajo la aurora que se aleja,
y cerca el ay! de la sentida queja
que me trae el crepúsculo que avanza!

II

Sol de mi vida: estrella que deshaces
las sombras de mi noche;
mi esperanza, mi santa prometida,
¿ en dónde estás, en dónde ?

Alma mía, te busco y no te encuentro;
te llamo y no respondes:
¿ por qué de un claustro en la callada estancia
tus lágrimas se esconden ? . . .

III

Para tí tuve adoraciones mudas,
esperanzas perdidas en la sombra:
¡eras el imposible de mi vida!
¡eras de mi alma la distante aurora!

Mas, hora ni siquiera lo imposible
me es permitido acariciar á solas:
tú lo sabes: mis ojos sin quererlo
te revelaron mi esperanza loca.

IV

No es dolor el dolor que se traduce
en ayes y sollozos,
y que, dejando el corazón, inunda
de lágrimas los ojos;

sino el que se retuerce sin salida
del alma en lo recóndito;
el que no tiene gritos de reproche,
ni lágrimas de enojo.

V

Siempre lo mismo! El corazón humano,
doliente Prometeo,
enclavado á la roca del deseo,
en demanda de amor se agita envano;

y cuando piensa que al Tabor avanza,
se encuentra en el Calvario,
envuelto de la duda en el sudario,
sin luz, sin alegría ni esperanza.

VI

A nadie cuentes que un pesar devora
tu joven corazón,
ni que tu pecho es víctima callada
de oculto sinsabor.

Contémplame: mis lágrimas no tienen
palabras ay! ni voz:
¡brotan del corazón y en las pestañas
se mueren de dolor!

VII

No es el golpe casual que rompe el vaso
lo que el ambiente de perfumes llena,
sino el aroma que al romperse el vaso
en ondas se derrama por doquiera.

No es la sonrisa ni el casual acento
lo que al amor el corazón despierta,
sino el amor que, en lo íntimo del alma,
una caricia, una mirada espera.

VIII

Arrojad en el mar ríos de almíbar
y nada pasará;
cual antes tan saladas como amargas
sus ondas quedarán.

Arrojad en mi pecho de ilusiones
y ensueños un raudal,
y siempre el mismo — huérfano y doliente —
á solas latirá.

IX

Si con un lenté á estudiar se llega
el cáliz de una flor,
de sus microbios se descubre el gérmen,
pero, los vasos de su aroma nó.

Si con el prisma del amor humano
se estudia un corazón,
sus tenues sombras descubrir se puede,
pero, la luz de sus virtudes nó.

X

Besan las llamas el añojo tronco
y el ambiente de aromas se embalsama;
se hiere el pedernal con el acero
y de la piedra raudas chispas saltan.

Sin la tristeza que llorar nos hace,
sin el dolor que purifica á la alma,
jamás vería el corazón humano
ni la esencia ni el sol de la esperanza.

XI

Sin que muriera del amor la antorcha,
temblando de emoción,
no con palabras, con los tristes ojos
nos dimos el ¡adiós!

Tristes después y al sol de la distancia
la copa del dolor
hemos libado, las tristezas nuestras
confiando sólo á Dios.

XII

Torné al hogar: mi pálido semblante,
la incoherencia de mis frases cortas,
hicieron que mi madre comprendiese
lo acerbo de mi historia.

Ella al mirarme, me estrechó de pronto
contra su pecho que por mí solloza,
y frases de piedad, para tí al punto
brotaron de su boca.

XIII

Señor, Señor, tu voluntad divina
bendita sea! . . . Mísero gusano,
¿cómo podré quejarme de que el cielo
mis esperanzas hoy convierta en tamo?

Sólo te pido que jamás la duda
llegue en mi senda á desplegar tu manto,
ni que la cruz de mis recuerdos sea
arrojada en la ruta del Calvario.

XIV

La onda que en medio de la mar bravía
se eleva cual montaña,
es un puñado nada más de espuma,
cuando revienta en la desierta playa.

El dolor que en la vida nos parece
gigante sin entrañas,
cuando se toca el borde del sepulcro,
es polvo nada más que el viento arrastra.

XV

Para los sueños del amor humano
es de la ausencia matador el frío;
la lucha del dolor, horrible arcano,
la falta del placer, letal vacío.

Para el amor del alma no hay distancia,
ni siquiera dolor que eterno sea:
le embriaga del recuerdo la fragancia
y es su placer lo bello de la idea.

XVI

Desde el instante que insondable abismo
abrióse entre los dos,
y que juntos libamos sin quererlo
el cáliz del dolor;

Nos huímos, cual huyen de la playa
las ondas de la mar,
y como ellas, volvemos á encontrarnos
acaso sin pensar.

XVII

No el débil golpe del cincel transforma
el mármol en estatua,
sino la idea que persigue al genio
cuando del mármol las aristas labra.

No á la mirada que en los ojos tiembla
se agita la esperanza,
sino al contacto del amor que quiere
que la materia se subyugue á la alma.

XVIII

Siempre lo mismo! El corazón que tiende
de la materia á detener el vuelo,
y la materia que en su loco anhelo
esclavizar al corazón pretende.

Sólo en la tumba á contemplar se alcanza,
tan sólo allí, el final de la pelea
del polvo vil con la sublime idea,
del acerbo dolor con la esperanza!

XIX

Cuando ya vimos náufraga y perdida
en la mar del dolor nuestra esperanza,
y del ayer las mágicas venturas
trocadadas en cadáveres del alma;

los dos buscamos un refugio donde
llorar á solas desventura tanta:
tú, en el silencio de una oculta celda
yo, en el desierto de una ajena playa.

XX

A veces harta de sufrir el alma
las inclemencias de un temprano invierno,
buscar pretende la apacible calma
de los osarios en el sueño eterno;

más, se contiene del sepulcro al borde,
y ama la vida y el morir le espanta,
al escuchar el misterioso acorde
que la esperanza en mi redor levanta.

XXI

Nunca mis labios amoroso beso
robaron á tus labios,
ni siquier palpitantes de ternura
en tus mejillas de ángel se posaron:

pero, en cambio ¡qué besos tan ardientes,
tan dulces y tan castos
se dieron nuestras almas cuando á solas
de amor se hablaban de emoción temblando!

XXII

Tras las tinieblas de la noche, asoma
dichas trayendo la fugaz mañana,
y tras la horrible tempestad, el iris
en un fondo de nubes se destaca.

Sin las tristezas que la duda trae,
sin las tinieblas que el dolor derrama,
las claridades de la eterna dicha
nunca podría divisar el alma.

XXIII

Con el cuidado y tímido cariño
con que una madre deja prisionero,
en los pañales, al hermoso niño,
fruto bendito de su amor primero;

el alma — cuando del ayer revuelve
el mudo polvo y las cenizas yertas —
en el sudario del recuerdo envuelve
sus ilusiones y esperanzas muertas.

XXIV

Esperemos: muy pronto nuestras almas
su cárcel romperán
y en otros mundos á encontrarse libres
de nuevo tornarán.

Esperemos: las blancas mariposas
revuelan con afán,
tan sólo cuando rompen las crisálidas
donde presas están.

XXV

Despierta, corazón, de tu letargo
y en la jornada del dolor avanza:
¡no importa que el camino sea largo,
si en su término brilla la esperanza! . . .

Sin lucha no hay victoria! Sin fatiga
jamás se llega á dominar la cumbre!
¡Crece la flor muy cerca de la ortiga
y del negro carbón salta la lumbre! . . .

XXVI

¡Que todavía el corazón no muere
ni deja de sentir,
porque en su lenta pulsación de cuando
en cuando se hace oír! . . .

Ah! también vemos de un reloj sin cuerda
el péndulo oscilar;
mas, nó por eso se dirá que puede
las horas señalar!

XXVII

Qué es el amor? Relámpago que salta
del alma y que en los ojos rauda brilla:
después el tinte del rubor que esmalta
el trigüeño color de la mejilla.

Y después? . . . La sonrisa, el beso tierno
y el casto *sí* que de placer embriaga . . .
O es el poema de un dolor eterno,
cuando de pronto su fulgor se apaga.

XXVIII

Atrás: auroras, besos y sonrisas
que vienen y que van:
adelante: tinieblas y ansiedades
que llegan sin cesar! . . .

Y en el revuelto fondo de ese cuadro
tu imagen siempre está:
triste como las sombras de la tarde
y solá como el mar! . . .

XXIX

Después de un vaso de letal acíbar,
una gota de miel tan sólo sirve
para hacer del acíbar en los labios,
más penetrante la amargura horrible.

Por eso, vagas dichas del presente,
auroras de esperanzas imposibles,
pasad, pasad: que un corazón enfermo
"la paz tan sólo de las tumbas pide".

XXX

Cuando la fiebre del dolor consigue
que el cuerpo desfallezca,
despierta el corazón con la energía
que estalla en las angustias más supremas;

y entonces el santuario del recuerdo
de lágrimas se llena;
de lágrimas que al cuerpo fortifican
y al alma sirven de preciado néctar.

XXXI

La pudorosa luz del sol que muere
besa las nubes de húmedos girones,
y al tímido murmullo de aquel beso
brota el iris de mágicos colores.

El recuerdo de amor ¡iris del alma!
brota al eco del ósculo sin nombre
que, á la tristeza que en oriente asoma,
da la esperanza que el ocaso esconde.

XXXII

El amor pudoroso que vacila,
que tiembla, calla y duda,
que tan sólo el aroma misterioso
de casto beso busca;

es el poema que en silencio entonan
las almas que se juntan
para trocar en flores sus espinas,
sus penas, en venturas.

XXXIII

Mugía el viento; el cárabo en la torre
graznaba con misterio;
se escurrían las sombras nocturnales
en alas del silencio.

Qué tristes son las noches! me dijiste
mis manos oprimiendo;
pero han sido más tristes y sombrías
las noches del recuerdo.

XXXIV

Me ruegas que al olvido te relegue
ya que imposible es la ventura nuestra,
y que la luz y la fragancia busque
de nuevos besos y esperanzas nuevas.

Nuevos altares levantar no puedo
sobre mis dichas y alegrías muertas:
tú no sabes: se *quiere* muchas veces,
se *ama* tan sólo la ocasión primera.

XXXV

Con sus inquietas luces en los valles
 las pálidas luciolas
en vez de disipar, sólo consiguen
hacer más negras las nocturnas sombras.

Que las tinieblas del dolor encuentre
 más negras y más hoscas,
sólo consigues, oh! esperanza nueva,
con los pálidos tintes de tu aurora.

XXXVI

Rugió la tempestad: de oscuras sombras
cubrióse de mis sueños el altar
y el alegre bullicio de mis dichas
convirtiéndose en silencio sepulcral.

Por eso mi alma es templo donde duermen
recuerdos y esperanzas de otra edad:
¡el arca santa, — lo único que pude
en el diluvio del dolor salvar!

XLI

Sepultando en la tumba del olvido
tus penas y dolor,
ama y espera: que el Calvario siempre
presagia redención.

Ama y espera: que el amor del alma
encuentra su Tabor,
sino en la tierra, más allá del cielo
do brilla el ígneo sol.

XLII

El alma mía que en su pecho esconde
el cadáver de su última esperanza—
cual golondrina que un alar en donde
colgar su nido á divisar no alcanza,—

tiende su vuelo en dirección incierta,
oyendo del dolor las tristes notas,
hasta que cae, de fatiga muerta,
en playa extraña, con las alas rotas,

XLIII

Tímida en la alegría, te mostrabas
resuelta en la aflicción;
temblabas al fulgor de una mirada,
y afrontabas las penas con valor.

Tú me enseñaste á soportar sereno
los golpes del dolor;
por eso, cuando te perdí, mi dueño,
lloré en silencio sin dudar de Dios.

XLIV

Quando á torrentes por la abierta herida
brotó la sangre que en las venas hierva,
de pronto el cuerpo desfallece y tiembla
sintiendo el frío de la acerba muerte.

Y ¿por qué cuando de los ojos brotan
en silencio las lágrimas dolientes—
que son del alma la preciada sangre—
morir de golpe el corazón no puede?

XLV

Si no se arranca de raíz el árbol
que crece en la montaña,
no muere: que muy pronto de renuevos
el seco tronco á revestirse alcanza.

Si de raíces el amor primero
del pecho no se arranca,
no muere: brotan del recuerdo al llanto,
aunque imposibles, nuevas esperanzas.

XLVI

Qué misteriosas armonías tiene
el himno sacrosanto
que levantan las sombras de la tarde
que pasan sollozando!

Es que ellas, despertando los recuerdos
van siempre del pasado;
es que ellas, van las dichas del presente
en lágrimas trocando! . . .

XLVII

Como en el cáliz de una flor el germen
de nuevas flores, en el alma humana,
junto al recuerdo del pasado duermen
las nuevas esperanzas del mañana;

mas no se torna en realidad que encanta
toda esperanza que el mañana trae,
como no siempre se convierte en planta
toda simiente que en el surco cae.

XLVIII

¡Ay de los corazones que cautivos
del dolor, vierten lágrimas inciertas,
al contemplar sus *esperanzas muertas*,
junto á la luz de sus *recuerdos vivos*!

Fijos por siempre en el ayer sus ojos,
cruzan de la existencia la pendiente,
sin rehuír las tristezas del presente,
ni evitar del mañana los abrojos!

XLIX

Quedo, más quedo, cuéntame, bien mío,
tus penas y dolores,
y deja que en secretas confidencias
tu corazón de niña se desborde.

¡Ensueños y esperanzas imposibles
y ocultos sinsabores!
Calla, mi bien: la historia que me cuentas
es la historia de mi alma cuando joven.

L

Es imposible que tu amor no tenga
un templo en la alma mía,
si es tu recuerdo de mis penas bálamo,
lucero que me alumbró en mis viglias.

Es imposible que olvidarte pueda,
mi santa prometida,
si tu amor, como el fénix de la fábula,
alegre surge de su tumba misma.

LI

Mezcla informe de espíritu y materia
de sombra y claridad,
de amor y dudas, de ventura y duelo:
¿cuál es del hombre el término final?

Señor, Señor, el polvo torna al polvo;
y el alma á donde vá?
¡sube al cielo el aroma del incienso
y queda la ceniza en el altar!

LII

Porque en mis labios vagan de continuo,
sonrisas de esperanza,
¿piensan talvez que el corazón no tiene
tristezas que le amargan?

Los sepulcros, perdidos entre flores,
ostentan ricas lápidas,
mas no por eso se dirá que dentro
cadáveres no guardan!

LIII

Me dicen que no sufro porque el llanto
no tiembla en mis pestañas:
¿qué importa que los ojos nunca lloren
si sangre llora el alma?

LIV

Preciosas horas de mi vida pierdo
rogando al tiempo que ligero corre
que, compasivo, de mi pecho borre
de mi primer amor hasta el recuerdo.

mas, él al paso que mi frente cubre
de hilos de plata que mi edad avisan,
nuevos recuerdos que ese amor atizan,
del alma en lo recóndito descubre.

LV

Pasaron de tus labios las sonrisas
al murmullo de incógnitos dolores,
cual neblina que al soplo de las brisas
se escarmena entre el cáliz de las flores:

y ha quedado en tus ojos olvidada
una gota de llanto, dueño mío;
como queda al morir de la alborada
en la flor una perla de rocío.

LVI

No me ves que cruzando voy á solas
el inmenso arenal de la existencia,
sin revelar cansancio en ími semblante
ni en mis labios sonrisas de tristeza?

Nuevo Atlas, sobre mi abatida frente
sostengo un mundo de esperanzas muertas,
y con todo jamás en mis pestañas
cuaja la duda lágrimas acerbas!

LVII

En medio de la noche más sombría:
breves relámpagos de luz chispean:
en los valles, las pálidas luciolas,
en los cielos, las vívidas estrellas.

También del alma en las oscuras noches
misteriosos relámpagos clarean:
en el pecho, los íntimos recuerdos,
en los ojos, el llanto que consuela.

LVIII

Despierta, niña; que de nuevo asoma
la aurora del amor,
entre nimbos de luz y ondas de aroma,
disipando las sombras del dolor.

La nueva aurora del amor un sueño
ha sido y nada más:
¡qué nuestras almas aquí el sol risueño
de la esperanza no han de ver jamás!

LIX

Las crenchas de sus rizos negros eran,
tan negros como el ala de los cuervos;
espaciosa su frente do irradiaba
la misteriosa luz del pensamiento:

debajo de finísimas pestañas
dormían al desgaire dos ojuelos,
que en sus castas miradas de ternura
revelaban de su alma los misterios:

eran sus dientes engarzadas perlas;
cuna sus labios de dormidos besos,
sus mejillas un búcaro de flores,
y sus sonrisas el brillar de un cielo:

era su alma Mas, ¿por qué me afano
en retratar á mi primer ensueño,
si ya tan sólo de ese amor me quedan
las cenizas dispersas del recuerdo?

I.X

Ah tiempos que pasaron!

Torna el ave
tras el invierno á calentar el nido;
y cuando vuelve la estación risueña
viste de flores el rosal marchito.

Mas, los sueños de amor ¡aves del alma!
ay! no tornan jamás una vez idos;
ni en el rosal de la esperanza brotan
ya nuevas flores, una vez marchito!



✧ AÑOS DESPUES ✧



PRELUDIO



¡Y otra vez de mi lira los cantares
son ecos de un sollozo,
lágrimas que del alma se desprenden
y mueren en los ojos!
Y otra vez el santuario de mis dichas
en ruinas y en escombros,
y apagado el fanal de mis ensueños:
qué solo estoy, qué solo!

Enfermo el corazón; la fe perdida;
hastiado ya de todo;
un mundo de recuerdos y tristezas
llevando só mis hombros;
sin rumbo, sin estrella que me guíe
cruzando un mar ignoto;
sintiendo el frío de nostalgia horrible:
qué sólo estoy, qué sólo!

I

Pasó mi pena, cual ligera sombra,
de una mirada al resplandor divino,
y hoy sonriente el porvenir alfombra
otra vez de ilusiones mi camino;

y al inquieto fulgor de una esperanza
se disipan mis hondas ansiedades,
y surgen de repente en lontananza
nuevos ensueños, nuevas claridades.

II

Muy pronto se deshacen los colores
del iris triunfal,
porque forman su fondo los girones
de nubes que dejó la tempestad.

Talvez la llama del amor que hoy siento
muy pronto morirá
porque forman su fondo los recuerdos,
los dolientes recuerdos de otra edad.

III

Ah! dejadme esperanzas del presente
llorar en el silencio de las sombras
ocultas penas que atesora el alma,
mortales ansias que á mi sér devoran:

con vuestras alas no rocéis mi frente,
mostrándome venturas tentadoras,
si sabéis que jamas el alma mía
puede al olvido relegar su historia.

IV

Juzgué tu amor, sensible mariposa
que en su crisálida dormida está,
esperando que el beso de la aurora
la vaya á despertar.

Brilla la aurora de mi amor ¡levanta!
te dije tus mejillas al besar,
pero ay! tu amor era tan sólo larva
sin vida, y nada más.

V

Fué tan inmensa mi pasión, que cuando
á revelarte mis ensueños iba,
callé de miedo; vacilé pensando
que estabas muy arriba.

La noche que tu beso delirante
toda la esencia de tu amor me trajo,
abrí los ojos; comprendí al instante
que estabas muy abajo.

VI

Preparado el altar: listos estaban
el velo y la corona
y el ángel del amor velaba inquieto
en el umbral de la callada alcoba.

Y qué pasó? Dejaron mis recuerdos
su tumba silenciosa,
y al rumor de sus ayes y sollozos
de tu esperanza se apagó la antorcha.

VII

Dentro del corazón escucho á veces
rumor confuso de contrarias voces,
y hay en mi rostro lágrimas que ríen
y risas que preludian sinsabores:

por eso, mezcla de alegría y llanto
son de mi lira los postreros sones:
¡ayes que anublan mis fugaces dichas!
¡carcajadas que ocultan mis dolores!

VIII

Si por la senda vas del camposanto
y encuentras un ciprés,
eleva una plegaria por los muertos
que duermen bajo de él.

Recuerda entonces que el ciprés testigo
de tus promesas fué;
recuerda que á su sombra se murieron
tus sueños y mi fe.

IX

El amor que al murmullo de tus besos
me vino á despertar,
jurando ser la estrella de mis dudas,
el sol de mi ansiedad;

ese amor de promesas imposibles
fué un sueño y nada más:
¡un Tabor que las penas del Calvario
me vino á recordar!

X

Antes de tiempo la terrible escarcha
de los años blanquea tu cabeza,
y antes de tiempo sollozando marcha,
tu corazón en busca de una huesa.

Mustia la frente, vacilante el paso
soportas del dolor la pesadumbre:
¡eres un sol que muere en el ocaso,
apénas encendida su alba lumbre! . . .

XI

Ayer ¡qué alegre, qué feliz cruzaba
del mundo la extensión,
creyendo que tan sólo en mí pensaba
tu joven corazón!

Hoy, con mi lira de ébano á los hombros,
ornado de ciprés,
voy ruinas y cadáveres y escombros
hollandando por doquier!

XII

Pasó mi dicha, cual ligera niebla,
que el sol deshace al asomar el día;
y hoy la amargura del recuerdo puebla
de sombras nada más la senda mía.

Soy cual la rosa que deshoja el viento,
abierto apenas su aromado broche;
soy como el ave que con triste acento
de amor se queja en la callada noche.

XIII

A veces dudo si es placer ó pena,
si es dicha ó es dolor,
lo que en sus noches de ansiedad devora
mi joven corazón:

es por eso, que á veces de mi llanto
me río con desdén,
y otras de mi alegría me avergüenzo
y lloro sin querer.

XIV

Un mundo en miniatura
ha sido siempre el corazón humano,
en que, sobre catástrofes y escombros,
se construyen espléndidos palacios:

por eso no me admira
que en las cenizas de un amor sagrado
hoy levantes á nuevas esperanzas
ricos altares, mágicos santuarios.

XV

¡Qué mucho que al olvido te relegue,
si mi desprecio no mereces tú!
¡Se arroja el amancay que se marchita,
se arroja la luciérnaga sin luz!

XVI

Sin buscarnos, una tarde,
¿lo recuerdas? de repente,
nos hallamos, frente á frente,
yo, sin miedo; tú, cobarde.

Llevábamos tras la ausencia
de años que no fueron largos,
tú, mil recuerdos amargos;
yo, tranquila mi conciencia.

XVII

Chist! . . . Mi silencio no turbéis, señora,
con vuestras hondas quejas:
que si lleváis el corazón enfermo
yo tengo el alma muerta!

Chist! . . . Del pasado respetad, os ruego,
las ruinas, los escombros:
¡no remováis cadáveres que duermen
del alma en lo recóndito! . . .

XVIII

Cuando recuerdo que agotar me has hecho
la copa del dolor hasta las heces,
quiero de pronto desgarrar tu pecho,
quiero tu nombre maldecir á veces:

mas, el olvido cariñoso viene
y al verme triste con su voz me alegra,
y antes que el grito de mi rabia suene,
rasga las sombras de mi pena negra.

XIX

¡Que tienes corazón! También lo tiene
el tigre de las selvas,
mas no por eso compasión le inspira
su víctima indefensa!

¡Y que sabes llorar! También borbotaba
el agua de la peña;
mas no por eso se dirá que esa agua
es llanto de la piedra!

XX

Se eclipsaron, talvez y para siempre
de mi amor las nacientes claridades,
y han pasado mis sueños como pasan
las fugitivas sombras de la tarde!

Y, ave sin nido, búcaro sin flores,
mi corazón, mi corazón no sabe
qué busca, qué desea, qué pretende
cuando inquieto, cual otros tiempos, late.

XXI

Nada me digas! . . . Tu dolor comprendo
comprendo tu tristeza,
y sé que, há tiempos, en tu hogar sombrío
la dicha no se hospeda.

Sufre y espera: que el deber te dice
que guardes tus promesas
¡Se mata al corazón cuando se quiere
que triunfe la conciencia!

XXII

Ahora, que un abismo nos separa,
comprendes lo sublime de mi amor,
y pretendes llenar aqueese abismo
con lágrimas que encarnen tu aflicción.

Calla, por Dios: no sea que tu llanto
acorte la distancia entre los dos,
y que abran, al mezclarse nuestras lágrimas,
un abismo de límite mayor.

XXIII

No me sorprende que tranquila subas
 las gradas del altar,
ni que pronuncies sin rubor alguno
el *sí* que encarna tu pasión fugaz:

 mas sí me admira que en aquel instante,
 solemne y eternal,
estés pensando en consagrar un sitio
á mis recuerdos en tu nuevo hogar.

XXIV

Cuando al banquete de la vida llega
 el hombre sonriendo,
es libro en blanco de infinitas hojas
su corazón á la esperanza abierto.

Cuando á los postres del festín se acerca,
 es libro descompuesto,
en que han escrito la ansiedad sus dudas,
y el hastío, sus penas y desvelos.

XXV

No levantéis la losa del pasado
que guarda tus perjurios y mis lágrimas;
ni remováis los huérfanos despojos
de dichas ya olvidadas:

que al hurgar de una hoguera las cenizas
se encuentra á veces un carbón que mancha,
como gotas de llanto que avergüenzan
ocultas en el alma.

XXVI

Qué horribles son, qué horribles son, Dios mío,
besos que brotan del dincro á precio!
Dejan al alma matador hastío,
causan al alma del amor, desprecio.

Llama que quema, y en seguida nieve,
promesas de pasión, y olvido luego
¡Ay! del incauto que á buscar se atreve,
á precio de oro, del amor el fuego!

XXVII

Me oíste en sueños pronunciar un nombre
y al punto me llamaste:
desperté: al ver tus lágrimas, te dije:
calla, mi bien; pensaba en un cadáver.

No es mi llanto de celos, con irónica
sonrisa contestaste:
si tú dormido piensas en un muerto;
yo, despierta, recuerdo de un cadáver.

XXVIII

Rota la linde del deber no puedo
tus besos aceptar:
de mi propia conciencia tengo miedo
y con ella no quiero batallar.

De tus tristezas, del mañana incierto
no me hables al llorar
que todavía el corazón no ha muerto
y á tus ayes pudiera despertar!

XXIX

Dices que si al olvido te relego
en tu memoria he de vivir por siempre,
y que altar, consagrado á mis recuerdos,
será tu corazón hasta la muerte.

Bien está: la memoria que se olvida
de las promesas del ayer no puede
ser el santuario de un amor que espira
al impulso fatal de tus desdenes.

XXX

Calla por Dios: no me hables del pasado,
de muertas esperanzas,
ni evoques las tristezas misteriosas
de historias ya olvidadas.

Calla por Dios: si del osario oculto
la losa se levanta
el polvo de los muertos que en él duermen
el sutil viento arrastra.

XXXI

Mientras tú estabas, con placer libando
en la áurea copa de un amor incierto,
sin saber cómo, ni por qué, ni cuando
tu inquieto corazón había muerto:

y envano ahora la esperanza cierta,
que en lo profundo de mi amor se esconde,
te dice á voces: ¡Lazaró despierta! . . .
si el muerto corazón ya no responde.

XXXII

Ah! la vida! . . . Cadena que eslabona
las dudas del presente,
con las dichas que forman la corona
del pasado tranquilo y sonriente.

Y la muerte? . . . El abismo sin medida
el caos del misterio! . . .
¡Para el alma el comienzo de la vida:
para el cuerpo la paz del cementerio! . . .

XXXIII

¡Que soy sepulcro de *esperanzas muertas!*
¡que soy osario de *recuerdos vivos!*
Bien está: pero tu alma no es acaso,
sarcófago vacío?

XXXIV

Me hablaron de tu amor: fuéme imposible
creer que tú, romántica y sensible,
pudieras aceptar
la ternura fingida de aquel hombre,
que en cambio de su nombre
te pide tu fortuna y nada más:

pero olvidaba que la garza blanca
prefiere á veces agua que se estanca
á límpido raudal;
y que las júguetonas mariposas
se olvidan de las rosas
por posarse en la lama de un fangal.

XXXV

Me dices que el perdón de calma sirve
no tanto al ofensor cómo al que olvida;
que perdonar la ofensa siempre ha sido
sublime gloria de almas no mezquinas.

Y qué más? El raudal que se desgaja
del alta cumbre nunca se desvía
ante el muro de frágiles cimientos,
ante el dique de arena movediza!

XXXVI

Y todavía al encontrarme quieres
hablarme con miradas
y confiarme tus penas y secretos,
tus dudas y tus ansias!

Y todavía de amoroso llanto
se inundan tus pestañas!
¡Cual si nunca me hubieses conocido,
prosigue tu jornada!

XXXVII

En la contienda del placer has visto
deshojarse la flor de tu esperanza,
renacer las espinas del recuerdo
y secarse la fuente de tus lágrimas.

Y hoy el sendero de la vida cruzas,
rotas llevando del amor las alas;
vacío el corazón; muerta en los labios
de la infancia la tímida plegaria.

XXXVIII

Juzgué la calma de tu pecho un día
éxtasis melancólico de amor,
del que para salir tan sólo ansiabas
la luz de una ilusión:

mas ay! el tiempo á revelarme vino
que aun cuando tienen penetrante unción
las estatuas de mármol, en sus formas
no hay vida ni calor.

XXXIX

Es imposible que á juntarse llegue
tu pecho con el mío;
pues tú las luchas del amor anhelas,
yo la ventura de un amor tranquilo.

El sol ardiente y el fulgor del alba
hermanos nunca han sido:
ni el álbátros, gigante de los mares,
con la torcaz del bosque junta el nido.

XL

Tú lo has querido! . . . De pasión ardiente
sentiste el fuego al resplandor fugaz
de la belleza que en el rostro brilla
y que alumbrando al corazón no está.

No siempre fué depósito de esencias
el cincelado vaso de cristal
ni en toda flor de pétalos vistosos
rico venero de perfumes hay.

XLI

Quiera Dios, que jamás las alegrías
amargas del silencio y de las sombras
pasen rozando con sus negras alas
el beso de tu boca!

Quiera Dios, que el recuerdo del pasado
jamás te obligue á sonreír á solas
con las mudas sonrisas que preludian
borrascas silenciosas!

XLII

No ves? Rodando van de playa en playa
las olas de la mar,
sin que un instante de reposo y calma
consigan encontrar.

Tu amor que de esperanza en esperanza
inquieto siempre va,
como esas olas, encontrar del alma
la dicha no podrá.

XLIII

Que eres tan bella, que las lindas flores
envidia sienten al mirar tus gracias;
que quien admira tus esbeltas formas
reina de las hermosas te proclama!

Es verdad: mas tu pálida hermosura
de ojos que besan y sonrisas que hablan
pueden del cuerpo conmover las fibras,
empero nunca cautivar una alma.

XLIV

Se admiran muchos de que amor prometas
á un hombre que jamás
buscó tras la belleza de la forma
del alma la bondad:

yo no me admiro: he visto muchas veces
copiarse en un fangal
el lucero que anuncia de la aurora
el bello despertar!

XLV

Si su cabeza canas aun no tiene,
si arrugas en su frente no se ven;
en cambio tiene el corazón de viejo
y mustia y abatida ya la sién.

En pocos años, siglos ha vivido
en busca siempre de un soñado Edén,
lejos muy lejos del amor que cifra,
en la ventura del hogar, su bien.

XLVI

Sigamos de la vida la jornada,
cual otro tiempo, por opuesta vía,
del olvido en la tumba sepultada
dejando del pasado la alegría;

que el ángel del amor ya no responde
de la esperanza á la oración bendita,
cuando del alma en lo íntimo se esconde
de la duda la víbora maldita!

XLVII

De la fe tienes el candor sublime
de la esperanza el místico soñar;
ah! si tuvieras corazón! . . . Silencio! . . .
que en tí el amor no puede despertar!

XLVIII

Vagaban en tus labios de continuo
las rimas becquerianas,
y rumiaba tu casto pensamiento
mil trovas delicadas:

mas ¿quién creyera que al fulgor inquieto
de locas esperanzas,
por adorar lo bello de la forma,
del alma te olvidarás?

XLIX

Talvez ignoras que el dolor que calla
tiene también sus báquicas orgías
en que, ebrio de recuerdos, cuando estalla
no respeta ni ajenas alegrías;

que — viendo que al presente te sonrío
un nuevo ensueño — del ayer te mofas?
Calla, mujer: no sea que te envíe,
sarcasmo, odio y desprecio en mis estrofas!

L

Pálidos tintes de esperanza y duda,
de sombras y de luz
tiene el amor que alumbra la alborada
de nuestra juventud.

Llega la duda y de ese amor la dicha
envuelve en su capuz,
y luego sólo queda del recuerdo
el cielo claro-azul.

LI

No penséis que la duda me devora,
si veis que el llanto tiembla en mis pupilas,
ni digáis que me alienta la esperanza,
si en mis labios miráis una sonrisa:

que hay alegrías que un pesar esconden,
como tristezas que preludian dichas:
¡sonrisas que son lágrimas del alma,
lágrimas que son plácidas sonrisas!

LII

Que los fugaces años van dejando
mis ojos en tinieblas,
arrugas en mi frente y tenues copos
de escarcha en la cabeza!

¿Qué importa que de prisa, muy de prisa,
el cuerpo se envejezca,
si el alma tengo soñadora y joven
como alma de poeta?

LIII

Frases de amor, palabras de esperanza
que brotan en los labios,
¿qué valen, cuando el corazón semeja
la estatua de un osario?

Tras la forma se busca el pensamiento,
la esencia tras el vaso
¡Besos que no resuenan en el alma,
son besos en el mármol!

LIV

Tumbas y escombros por doquier encuentro
y muda soledad;
astros que mueren, flores que se agostan,
sombras que vienen, luces que se van!

Si esto es la vida: venga del sepulcro
el yerto reposar
y que el alma, rompiendo sus cadenas,
libre se lance en pos del más allá.

LV

¿Quién no arroja la flor que esté marchita
y el vaso de cristal que roto esté?
¿Quién al mirar sus ídolos caídos,
no olvida al punto su pasada fe?

Y tú quieres que mi alma todavía
sea la esclava humilde que á tus pies
esté queriendo hallar en tus miradas
un reflejo de amor alguna vez?

LVI

Convertido el altar en ascua de oro;
lleno el templo de luces y armonías;
el novio inquieto; tímida la novia,
en su rubor, mostrando su alegría . . .

Años después, en ese hogar no tiene
entrada libre el ángel de la dicha:
¡que amor que sobre ruinas se levanta,
durar no puede sino breves días! . . .

LVII

Si en el umbral de mi desierta estancia
el ángel del dolor toca y se hospeda,
jamás la duda que á traición nos hiere
del alma mía apoderarse llega :

que hay en el fondo de mi pecho un nido
do yacen de mi cuna las creencias;
que hay en mis ojos lágrimas que pueden
tornarse en notas de plegaria tierna.

LVIII

Tras muchos años de forzada ausencia
volvimos á encontrarnos,
yo de mis penas con la cruz á cuestras,
tú las venturas del Tabor gozando :

mas ay! sufrimos decepción horrenda
de cerca al contemplarnos:
que yo llevaba un corazón siquiera,
y tú eras un sepulcro blanqueado.

LIX

¡Que á veces cruzan esperanzas vagas,
vagos ensueños por la mente mía;
que en medio de las sombras en que vivo
hay á veces relámpagos de dicha!

Cierto: también de los sepulcros fríos
se escapan llamaradas repentinas,
y hay fuegos fatuos que de noche caen
como lluvia de estrellas indecisas!

LX

Si hoy nuevos ayes de dolor exhalas,
mía la culpa, corazón, ha sido;
porque, hundiendo en las aguas del olvido
de mi memoria, las inquietas olas,

para el amor pensé, en mi desvarío,
levantar un espléndido santuario
de mi primer amor sobre el osario,
sobre las ruinas del pasado mío!

XXXVII

Los recuerdos de amor jamás han sido
los cárbos del alma,
sí mariposas que al presente duermen
envueltas en crisálidas;

y que muy pronto mostrarán inquietas
el brillo de sus alas,
cuando deshecho el polvo al polvo torne
y al cielo suba el alma.

XXXVIII

Esclavo del ayer, vivo entre sombras
cabe la tumba de mi amor primero,
cuidando que no llegue á consumirse
la misteriosa llama del recuerdo.

Cuando á veces la luz de una esperanza
chispea en el santuario de mis muertos,
mi corazón medroso se extremece
y atiza más la llama del recuerdo.

XXXIX

Al libar juntos en el mismo vaso
el néctar del amor, tu alma y la mía
creyeron que en la tierra no tendría
la primera ilusión sombras ni ocaso :

mas, hoy sintiendo de un oculto sino
los rudos golpes, ambos sollozando,
fibras del corazón vamos dejando
de la existencia en el letal camino.

XL

A medida que el tiempo pasa y vuela,
matando todo amor
y dejando del alma en lo recóndito
memorias de dolor;

crece el recuerdo—místico perfume
que exhala el corazón, —
y es más grato el aroma que nos queda
de dicha que pasó.